

AUTORITARISMO Y ALTERNATIVAS POPULARES EN AMERICA LATINA

Daniel Camacho — Norbert Lechner
José Joaquín Brunner — Angel Flisfisch
Manuel Antonio Garreton — Tomás Moulian
Augusto Varas — Carlos Portales

Edición: Francisco Rojas Aravena



ediciones
FLACSO

colección 25 aniversario
San José, Costa Rica, 1982

Primera Edición:
Ediciones FLACSO
Diciembre de 1982

© Ediciones FLACSO

Este libro es editado por la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO. Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

321.9
A939a

Autoritarismo y alternativas populares en América Latina / Daniel Camacho (y otros). -- Ediciones FLACSO a cargo de Francisco Rojas Aravena. -- San José, C.R. : EUNED, 1982. 220p. (Colección 25 aniversario)

ISBN: 84-89401-01-2

1. América Latina - Política. 2. Democracia. 3. Conservadurismo. 4. Chile - Condiciones sociales. 5. Ciencias sociales.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED
Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total o parcial
Hecho el depósito de ley

CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i>	7
<i>PRESENTACIÓN</i>	9
 Introducción: El Pensamiento Sociológico y la Realidad Latinoamericana DANIEL CAMACHO	 13
 El Proyecto Neoconservador y la Democracia NORBERT LECHNER	 23
 Ideología, Legitimación y Disciplinamiento: Nueve Argumentos JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER	 71
 La Polis Censitaria: La Política y el Mercado ANGEL FLISFISCH	 107
 Transformación Social y Refundación Política en el Capitalismo Autoritario MANUEL ANTONIO GARRETON	 141
 Dictaduras Hegemonizantes y Alternativas Populares TOMÁS MOULIAN	 159
 Crisis Política y Alternativas Democráticas: Límites y Perspectivas de la Izquierda Chilena AUGUSTO VARAS	 181
 La Izquierda y la Alternativa Democrática CARLOS PORTALES	 203

EL PROYECTO
NEOCONSERVADOR
Y LA DEMOCRACIA

Norbert Lechner

Trabajo presentado al seminario "Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea" del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM (Oaxaca, abril 1981). La investigación contó con subvenciones de la Fundación Ford y la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (España).

Desde el comienzo existió una enemistad mortal entre el liberalismo auténtico y la auténtica democracia.

Gerhard Ritter

RESUMEN INTRODUCTORIO

Para reflexionar teóricamente el actual trastocamiento de la sociedad chilena parece conveniente tomar como punto de referencia la noción de democracia. Por un lado, ella cristaliza mejor que ninguna otra la memoria del desarrollo histórico de Chile. Por otro lado, el mismo orden autoritario es convocado por el régimen militar como “democracia limitada” o “democracia protegida”. Finalmente, es un orden democrático la perspectiva común en que se reconoce la oposición.

La ambigüedad de la noción exige un replanteo teórico, no tanto por purismo académico como por la necesidad práctica de delimitar los objetivos sociales en pugna. Ahora bien, al repensar la democracia hemos de hacernos cargo de la ofensiva neoconservadora. En la medida en que se institucionaliza el nuevo autoritarismo, el pensamiento neoconservador aparece —al menos en Chile— como la concepción más elaborada para guiar la interpretación y las estrategias de los grupos dominantes.

Así como es necesario conocer el pensamiento marxista para comprender la política de la Unidad Popular (sus objetivos, problemas y debates) así es necesario estudiar el pensamiento neoconservador para comprender la “lógica” con que el bloque dominante percibe y dirige al actual proceso chileno. Con ello no me adhiero a una visión conspirativa que ve en los Chicago-boys el *deus ex machina* del destino nacional. El pensamiento de Hayek, Friedman y otros adquiere relevancia en Chile aun antes de las victorias de Thatcher y Reagan porque —al tematizar la crisis capitalista en términos políticos— logra dar cuenta del quiebre del sistema político chileno por la movilización popular (ya bajo Frei) y ofrece —en condiciones de una ‘dicta-

dura liberal ' (Hayek) —una estrategia de modernización capitalista. El desarrollo de un proyecto neoconservador en Chile no es pues sólo una reacción contra la Unidad Popular (de hecho, ya se esboza en la campaña electoral de la derecha contra Allende, 1970). Su predominio sobre enfoques corporativos o de "seguridad nacional" radica en ofrecer una fundamentación histórico-filosófica por una radical e integral "capitalización" de la sociedad chilena.

He privilegiado la reconstrucción de la *tradición histórica* del proyecto neoconservador por dos razones. En primer lugar, no se trata de una oposición intrasistema a gobiernos anteriores sino de una contrarrevolución que invierte un secular proceso de democratización. Los neoconservadores se autointerpretan como reacción a *la amenaza a la libertad burguesa por la democracia roja* ¹. Reacción contra los principios de la soberanía popular y la representación parlamentaria; reacción contra toda voluntad de emancipación social. Sólo comprendiendo esa enemistad histórica se entiende la radicalidad del actual desmontaje del denominado "Estado de Compromiso" (con su organización de los intereses en partidos y la intervención económica de un estado responsable del bienestar de todos).

La segunda ventaja de una reconstrucción histórica de la posición neoconservadora es hacer ver algunos antecedentes de las actuales dificultades de la izquierda y, en particular, de las corrientes marxistas por elaborar una respuesta democrática. Dejando este análisis para un próximo trabajo, cabe insinuar desde ya ciertos tópicos a repensar en una alternativa democrática.

El movimiento socialista comparte con el liberalismo cierto menosprecio por la política. *Al ideal de la comunidad*, basada en una cooperación social inmediata, se contraponen, empero, *la práctica de la organización*. Esta tradición estatista y partidista, debilita la reflexión acerca de *qué significa hacer política* cuando una dictadura prohíbe "hacer política".

La ofensiva neoconservadora vislumbra —quizás mejor que la propia izquierda— la vinculación de democracia y socialismo. Pinochet, inaugurando el 11 de marzo de 1981 su "período constitucional", relaciona a su manera, pero correctamente voluntad colectiva, reproducción material de la sociedad y una ética de responsabilidad social.

“¡El gobierno no acepta presiones de nadie! Los años de demagogia favorecieron al estatismo socializante, cuyas concepciones doctrinarias provenían de una profunda desconfianza frente al ejercicio práctico de la libertad personal y de la consiguiente creencia en la supuesta necesidad de someter la acción económica y social de los individuos a toda suerte de controles y regulaciones estatales que, lejos de disminuir, iban aumentando inexorable y desmesuradamente. Fueron esas décadas de demagogia y estatismo socialista lo que erosionó nuestra vida política, económica y social y preparó la embestida del marxismo para intentar directamente transformar a Chile en un país comunista”.

El ataque contra demagogia, estatismo y marxismo apunta a la política misma. El objetivo neoconservador es, según un título de Friedrich Hayek, *la contención del poder y el derrocamiento de la política*. La voluntad de los hombres de decidir sobre sus condiciones materiales de vida y de asumir colectivamente la responsabilidad por la vida de todos es combatida en tanto socialismo. En palabras de Hayek:

“... una vez que le demos licencia a políticos para interferir en el orden espontáneo del mercado para beneficiar a grupos particulares, ellos no pueden negarle tales concesiones a ningún grupo del cual dependa su respaldo. Así, ellos inician ese proceso acumulativo que lleva, por necesidades internas, si no a lo que los socialistas imaginan, sí a una dominación siempre creciente de los políticos sobre el proceso económico” ²¹

La decisión colectiva y consciente sobre el proceso de producción material de la vida — de eso tratan la democracia y el socialismo—. Hayek y sus discípulos chilenos, al contrario, abogan por la subordinación de todas las relaciones sociales a las “leyes del mercado”, universo totalitario al cual nadie debiera sustraerse. Es la utopía de una racionalidad formal como Ley absoluta, eliminando todo conflicto entre postulados materiales contrapuestos, o sea aboliendo la política. Tal enfoque no percibe que todo cálculo formal está ligado a determinadas condiciones materiales. Por consiguiente, el problema es justamente explicitar aquella determinación (política) de las condiciones materiales. Esa creación deliberada del desarrollo de la sociedad sería el objeto de una teoría de la democracia.

1. EL DISCURSO NEO-CONSERVADOR EN CHILE

Presentaré el discurso neoconservador a través de un texto de Arturo Fontaine, hasta mayo de 1982 director del periódico *El Mercurio*, real "intelectual orgánico" de la derecha chilena. El hecho que *Más allá del Leviatán*^{3/} no tenga originalidad intelectual alguna (del mismo modo que la política gubernamental no recoge ninguna especificidad nacional) ofrece la ventaja de mostrar sin sofisticaciones los principios generales del proyecto neoconservador.

El *diagnóstico* de nuestra época constata dos despotismos: el comunista y el democrático.

"Frente al agresivo despotismo comunista se opone las más de las veces —para desengaños de muchos hombres libres— un verdadero despotismo democrático, de apariencias benévolas, pero sometido al rigor de las mayorías y más afanado por la igualdad que por la libertad" ^{4/}.

La crítica se dirige contra toda la evolución social que surge de la Revolución Francesa. Denunciando una corriente de pensamiento que desde Rousseau y Marx se prolonga a través de Mill, Kelsen y Keynes hasta nuestros días, los neoconservadores rechazan:

- "la convicción de que la sociedad es más una realidad mecánica y racional que una herencia histórica;
- la aceptación dogmática del imperio de las mayorías, aún más allá de los dictados de la razón y de la historia;
- la búsqueda de la igualdad hasta con sacrificios de la libertad;

- los obstáculos al ejercicio de la propiedad y de la libre iniciativa.
- la procura del bienestar social mediante el intervencionismo y la planificación estatales (..)" 5/.

El pronóstico para Occidente es sombrío. Mirando el futuro, Fontaine recuerda a Tocqueville: "veo una muchedumbre de hombres semejantes e iguales que giran sin reposo en torno a sí mismos para procurarse pequeños y vulgares placeres, que les llena el alma" 6/.

El peligro totalitario estaría acechando, por el lado de la omnipotencia democrática pero también amenazaría por el lado del igualitarismo y del Estado Benefactor. Por un lado,

"el mito de la soberanía popular absoluta y el reforzamiento de las tendencias intervencionistas ponen en grave riesgo la libertad individual, cercenan la moneda y la propiedad, debilitan la autoridad moral de la ley, facilitan el crecimiento de monopolios del capital y del trabajo y permiten la entronización de auténticos regímenes totalitarios que utilizan con fraude los principios de democracia y libertad" 7/.

Por el otro lado,

"en nombre de la igualdad, no pocos demócratas sinceros consienten en otorgar al estado facultades ilimitadas, encargándole la redistribución de la riqueza a través de los impuestos y de los gastos sociales, permitiéndole que restrinja la libertad económica por medio de la legislación y a través de la tolerancia frente a la coacción sindical, y autorizando que se convierta en capitalista al explotar actividades económicas que se consideran socialmente útiles. En nombre de la igualdad restringen la libertad" 8/.

Como *alternativa* a las "tendencias igualitarias y el poderío de las masas", Fontaine postula el principio de la libertad individual concebida como ausencia de coacción arbitraria ajena. Su noción de libertad negativa alude a

"la libertad de que dispone cada individuo para emprender, producir, inventar, adquirir o desprenderse, emplear su tiempo, programar la propia vida, siguiendo su interés

o su espíritu de generosidad, modelando su existencia por patrones originales o imitado, aceptando un camino de mediocridad o de grandeza”^{9/}.

Para una visión histórica para la cual “el hombre viene luchando por su libertad hace, por lo menos, quinientos años”^{10/}, identificando así la aspiración a la libertad con el desarrollo del capitalismo, la *terapia* es obvia.

“El mercado es el procedimiento objetivo de ajuste entre los deseos, que son libres, y los bienes, que son limitados”^{11/}.

No el procedimiento democrático sino el mercado garantiza un buen gobierno.

“El mercado se mueve gracias a las preferencias libres de los sujetos y carece por tanto de coacción. Es, además impersonal, porque se rige por reglas no discriminatorias que amparan el interés común de todos los que en él operan”^{12/}.

En tanto que la intervención estatal, pretextando el desarrollo, el bienestar social o la justicia o la igualdad, sofoca a la libertad individual, el mercado la realiza. El mercado sería el medio adecuado para lograr la libertad deseada. Para que el mercado funcione plenamente (“que los ciudadanos sean dueños de sus propias decisiones”) hay que eliminar toda intervención que lo distorsione (“mero arbitrio de la autoridad gubernativa”). Para erradicar la tentación estatista se propone mercantilizar toda relación social.

Si el “segundo Leviatán”, el de la soberanía popular ilimitada, es el gran enemigo de la libertad, entonces el problema es la necesidad de controlar al gobierno representativo. Fontaine se hace aquí eco del tópico central de la nueva derecha: la “governabilidad de la democracia”^{13/}. Para limitar la democracia los neoconservadores echan mano a una “economía política”, que

“tiende a demostrar que los comportamientos humanos tomados en conjunto admiten una racionalidad esencial, un cierto orden preestablecido, que no está lejos de la “mano invisible” que divisaba en el siglo XVIII Adam Smith”^{14/}.

“Ello equivale a decir que grandes decisiones públicas y complejas acciones del Estado, de las agrupaciones o de las empresas, responden aproximadamente a los mismos principios que rigen el mercado” 15/.

La extensión del análisis económico a todo problema de asignación de recursos y de elección, en el cuadro de una situación de escasez, ayudaría a aumentar el repertorio de dificultades que pueden ser resueltas técnicamente, con arreglo a principios objetivos. Las “soluciones técnicas según principios objetivos” son invocadas por los neoconservadores para eliminar las decisiones colectivas. No habría necesidad de política. Basta un gobierno mínimo.

“La organización económica del mercado no pretende eliminar la presencia del Gobierno. Este último es la autoridad que fija las reglas y que es árbitro en la interpretación y cumplimiento de las mismas. Lo que el mercado hace es reducir el margen de problemas que, si no existiera, deberían ser resueltos por la autoridad política. Por consiguiente, no elimina pero disminuye la necesidad de la intervención gubernativa. Un rasgo de la decisión política es que ella exige sometimiento. El mercado no. (..) En ese sentido, el mercado es más democrático que cualquier régimen político” 16/.

La política queda reducida a una “autoridad vigorosa que crea el ordenamiento objetivo”^{17/}. Se visualiza ahora mejor el principio de libertad negativa que los neoconservadores oponen al Leviatán. Se trata de una libertad económico-privada que no habría que confundir con la participación de los ciudadanos en la elección del gobierno, en el proceso legislativo y en el control de la administración de su país. Tal “libertad política” sería secundaria. Como dice el maestro Hayek, “un pueblo libre no es necesariamente un pueblo de hombres libres”; “nadie necesita participar de dicha libertad colectiva para ser libre como individuo”^{18/}. Por ende, desde el punto de vista de los hombres libres, los menores de edad sin derecho a voto o los extranjeros residentes disfrutarían, según Fontaine, de plena libertad. Dicho con grandilocuencia:

“La libertad, como espontaneidad y ausencia de coacción, no significa, pues, ni poder ni riqueza ni bienestar ni ausencia de mal o de injusticia. Podemos ser libres y continuar siendo desgraciados. La libertad no impide morir de hambre ni incurrir en dolorosas equivocaciones ni correr riesgos mortales. Consiste simplemente en la posibilidad de decidir sin presión ajena, cualquiera que sea el costo que envuelva el ejercicio de tan noble como peligrosa facultad” 19/.

El discurso neoconservador revela la concepción autoritaria de la sociedad. Contra la responsabilidad social de un igualitarismo afeminado se proclama en tono nietzscheano la grandeza patética del más fuerte: un orden macho. Muriéndose de hambre, incurriendo en dolorosas equivocaciones, corriendo riesgos mortales se va forjando el hombre libre. A través del dolor y la muerte el Occidente (el capitalismo) purga su decadencia y revitaliza su superioridad. Es la misma filosofía catastrofista que sospecha Galbraith tras el “modelo” de Friedman.

“Nada es tan bueno para un sistema económico como sufrir. Las administraciones débiles son entresacadas; los negocios débiles son marginados; el desempleo enseña a la gente el valor del trabajo. Los fuertes son hechos más fuertes por el sufrimiento” 20/.

Tal catastrofismo es inmune a las críticas. Peor están las cosas y por más tiempo, tanto mejor. El bien proviene del dolor, la vida surge de la muerte. La democracia con sus consignas de justicia e igualdad promete la vida, pero trae la muerte.

“En nombre de la igualdad restringen la libertad. Pero, al hacerlo, ciegan la fuente de vitalidad económica de la sociedad y generan pobreza e injusticia” 21/.

Por lo tanto, habría que matar esas falsas promesas de vida; matar la democracia que engaña al pueblo. El proyecto neoconservador trae muerte, pero sería la verdadera vida. Es matando que se vive: unos viven mediante la muerte de otros. El discurso neoconservador condensa así la quintaesencia del capitalismo.

La argumentación de Fontaine deja entrever las dificultades por dar al proyecto neoconservador unas raíces nacionales. Conscientes de la ausencia de una tradición y de un "modelo" político acorde a la política económica en marcha, los grupos dominantes han comenzado a canalizar grandes inversiones en el campo de las Ciencias Sociales. Destaca entre ellos la creación del Centro de Estudios Públicos, dirigido por Jorge Cauas y por Friedrich von Hayek como presidente honorario. La participación de Hayek, Theodore Schultz, James Buchanan o Gordon Tullock en sus seminarios señala la fuerte recepción del pensamiento neoconservador. Falta traducirlo en una reinterpretación de la historia social de Chile, capaz de insertar el "modelo económico" en un nuevo "sentido común". Para conocer esa *concepción de mundo* en gestación intentaré reconstruir la teoría política neoconservadora en su histórica "enemistad mortal" con la democracia. ^{22/}

2. EL LIBERALISMO CLASICO Y EL MIEDO A LAS MASAS

El fundamento liberal del proyecto neoconservador puede ser resumido en tres puntos.

1) La autonomía individual: lo que hace humano a un hombre es ser libre de la dependencia de los demás. Concibiendo la naturaleza humana como necesidades ilimitadas, la libertad consiste en satisfacerlas (acumulando riqueza) sin otras restricciones que las contraídas voluntariamente. La libertad es una libertad del individuo. Es una libertad negativa: la ausencia de coacción externa.

2) El mercado como integración: los individuos particulares se relacionan entre sí a través de relaciones mercantiles; la sociedad es el conjunto de intercambios. En tal asociación entre propietarios privados el interés general es realizado por el mercado. La "mano invisible" del mercado asegura que cada cual persiguiendo su interés particular contribuya al bien común de todos.

3) La autoridad impersonal: si la libertad individual se realiza en la acumulación de riqueza y si el mercado realiza la integración social de los individuos autónomos, entonces la política no puede ser sino coacción y el estado sólo un artificio contractual para garantizar la propiedad privada. Siendo indispensable una autoridad que defienda el orden establecido, hay que controlarla para que la coerción no sea arbitraria.

Para el liberalismo, hacer política significa primordialmente controlar un gobierno siempre sospechoso de ser un poder coercitivo y arbitrario. Pero los mecanismos juridico-constitucionales solamente adquieren fuerza real trasladando la autoridad a la sociedad. No se trata tanto de transformar la autoridad *política* (soberanía monárquica por soberanía popular) sino de reemplazarla por la *sociedad*.

Al suponer que la comunidad no es una actividad (política) sino un orden intrínseco a las relaciones sociales, los liberales proponen desplazar las decisiones políticas por normas sociales. Pero la sociedad burguesa no es un orden estable ni el mercado capitalista una asociación armoniosa.

“Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, un movimiento y una inseguridad constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas” ^{23/}.

No hay descripción mejor de esa gran transformación económica, social y cultural, cuya cristalización es la aparición de las masas. El miedo a las masas que imprime al liberalismo su rumbo conservador sigue siendo la obsesión del pensamiento neoconservador.

El horror a las “masas espiritual y socialmente uniformes” (Ritter) proviene inicialmente de una visión aristocrática. Las masas como amenaza de un orden natural, donde inteligencia y lucidez siempre son atributo sólo de pocos y, por consiguiente, donde sólo a esta élite, correspondería gobernar. En cambio,

“las masas se inclinan siempre hacia quienes tienen éxito y sobre todo hacia aquel que sabe imponerse en virtud de acciones llamativas. (..). Para el agitador y demagogo se abren posibilidades ilimitadas de adular el natural apetito de poder de las masas” ^{24/}.

¿Qué forma de estado, pregunta Gerhard Ritter, halaga más el apetito de poder de los humildes que la soberanía directa del pueblo? Bien visto, el proyecto neoconservador aún es una reacción a 1789 en tanto nacimiento de la soberanía popular y del Estado Democrático. Más que oposición a determinado gobierno (Allende) se trata del rechazo a toda la historia de la democracia.

“Los rasgos fundamentales de la vida estatal creados por la revolución no podrían ser ya nunca eliminados. Entre ellos el centralismo y el igualitarismo de una Administración que pasa por encima de todas las diferencias históricas y no reconoce ningún espíritu particular de las provincias o corporaciones; la acentuada nivelación de las propiedades y de los rasgos sociales, que hacían del *citoyen moyen*, del ciudadano pequeño y medio, la figura universal que moviliza a las masas y no reconoce ninguna especial vocación de mando a ninguna casta de notables; ante todo y sobre todo, la idea del pueblo soberano como una masa fundamentalmente unificada e inarticulada”^{25/}.

Como un texto de antología, este párrafo resume los tópicos neoconservadores: el poder centralista, la nivelación social, la masificación espiritual, la democratización, todo ello fruto de la soberanía popular. El “Estado democrático y popular” es para conservadores como Ritter “el más ilimitado de los déspotas”. El monarca absoluto estaba limitado por el viejo derecho escrito y una venerable tradición. Ahora, en la democracia, la autoridad no es personal, pero tampoco sujeta a límites sacrosantos.

“Contra la voluntad popular no cabe apelación alguna. Es prácticamente infalible, pues el pueblo es soberano, no tiene por encima de sí ningún juez y no está obligado a responder a nadie. Su libertad es ilimitada. (..)

En el fondo sólo hay libertad para obrar en la dirección de la voluntad general. Y como esta “voluntad común” no se presenta nunca por sí misma, sino que ha de ser creada, sólo hay libertad para el pequeño grupo de activistas que tiene en sus manos los instrumentos de la opinión pública”^{26/}.

La democracia promete la libertad a través de la igualdad, pero ésta sólo produce una masa manipulable a la merced de activistas. Ahora bien, las masas son un fenómeno inevitable de la sociedad moderna. El problema de un reordenamiento capitalista es la "cuestión social":

"esto es, el peso pesado de esa masa humana uniformemente gris que el remolino de los lugares de trabajo industrial concentra en las ciudades y a las cuales el sufragio universal concede tal predominio político en los países industriales" 27/.

Las luchas de las masas han obligado a una progresiva ampliación del ámbito político, que habría destruido las bases económicas y los fundamentos morales de la libertad (burguesa). Por un lado, la democratización exige un desarrollo de los servicios públicos de salud, vivienda, educación, seguridad social que puede ser financiado solamente "mediante una expropiación fiscal sumamente radical de las clases superiores, es decir, mediante la nivelación social" 28/. Por otro lado, al asfixiar la libertad económica, la previsión estatal provoca un debilitamiento de las energías morales. Cuando la libertad no es entendida como derecho a la responsabilidad personal,

"amenaza siempre el caos y tras el caos de nuevo la tiranía. La democracia de masas le allana el camino en la medida en que quita al individuo su propia responsabilidad y permite que su voluntad se sumerja en la "voluntad general" de la masa. (...) Quien quiera impedir la tiranía tiene que educar a los hombres en la responsabilidad personal. Tiene que intentar desmasificar a las masas estructurándolas en grupos con responsabilidad propia" 29/.

Al interés político inicial de controlar al *gobierno* se sobrepone ahora uno más urgente: *controlar a las masas*. Siendo la democracia el "principio" de las masas hay que abolir la soberanía popular y voluntad general. Según la nueva Constitución chilena, la soberanía ya no reside en el pueblo sino en la nación.

Pero no basta tal control "constitucionalista" (a la vez, insuficiente y peligroso por la larga socialización democrática).

Para desactivar la participación popular hay que desplazar la decisión final de la instancia *política* a una instancia *social*.

“La cuestión central, desde el punto de vista de la idea liberal de libertad es la siguiente: ¿volveremos alguna vez (y cuándo) a vivir en una sociedad que tenga como fundamento el principio de la competencia entre fuerzas que se acicatean recíprocamente en lugar de estar fundada sobre la nivelación, la imposición, el dirigismo, la regulación y los reglamentos?, ¿una sociedad en la que, al menos en principio, le importe más el despertar la iniciativa personal que el facilitar la lucha por la vida a los más débiles mediante la previsión estatal”?^{30/}

La respuesta implícita es evidente: restaurar el mercado. El mercado es, según los neoconservadores, la autoridad social en última instancia. El mercado controla socialmente a las masas restableciendo la responsabilidad individual (o sea, diferenciando y atomizando la masa uniforme). Y desarticulando “la lucha por la vida de los más débiles mediante la previsión estatal”, la *desmasificación* permite la *desestatización*. Es decir, controlar económicamente al gobierno.

3. EN BUSQUEDA DE LA COMUNIDAD

El retorno de los neoconservadores a los dogmas liberales no debe hacer olvidar una discontinuidad. En realidad, el nuevo conservadurismo deposita una confianza en la capacidad integradora del mercado que ya el liberalismo clásico estaba perdiendo y que los conservadores posteriores no compartieron.

Sheldon Wolin destaca en su excelente obra^{31/} los tempranos signos de un “pesimismo” liberal. Incluso Adam Smith desconfía de la capacidad autorreguladora del mercado. Motivado por el interés propio y dominado por la pasión, el individuo no decide necesariamente de acuerdo con una norma impersonal y racional. ¿Cómo compatibilizar el rechazo liberal a una autoridad personalizada y asegurar la validez de una norma común? El remedio parecía ser la transformación de la autoridad política en normas sociales y otorgarles a éstas el carácter obligatorio de juicio moral. La socialización de la responsabilidad moral individual significa reemplazar la conciencia individual por una conciencia social: esto es, vincular la *libertad* individual a la *conformidad* social. El conformismo exige no sólo una adaptación del individuo a las reglas comunes de

conducta sino su internalización. La sociedad representa la ley de cuya gestión todos participan y a la cual todos se someten. No habría coacción externa, pues a través de la opinión pública cada cual se autocontrola. El miedo a las sanciones morales por cualquier espontaneidad discrepante, sin embargo, transforma el espacio público en una amenaza a la identidad individual. Tiene lugar el delirio del hombre público, señalado por Sennett^{32/}. Desgarrado entre la subjetividad individual y el conformismo social, el individuo se repliega a la seguridad de las relaciones primarias (familia). busca en la intimidad narcisista las certezas que ya no le pueden brindar unas normas sociales percibidas como ficticias.

El problema subyacente es la "cuestión social", pero ya no como amenaza a un "buen orden" constituido sino como *desintegración* de la sociedad misma. La sociedad burguesa-industrial con relaciones sociales cada vez más formalizadas ya no parece capaz de generar la solidaridad que unificaba a la sociedad tradicional. La modernización capitalista polariza la tensión entre atomización e interdependencia social al punto de estallar revolucionariamente. La gobernabilidad de las masas es abordada como problema de su *integración social*. Comienza la angustiante búsqueda de la comunidad perdida.

Dos obras tematizan la nueva preocupación: *Comunidad y Sociedad* de Tönnies (1887) y *La División del Trabajo Social* de Durkheim (1893). Desde entonces, la desintegración y la cohesión de la sociedad se transforman en eje de la sociología moderna. Por un lado, la literatura sobre la sociedad-masa^{33/} y, por el otro, los análisis de los elementos constitutivos de un orden^{34/}. Cabe recordar aquí —a través de Durkheim— la tradición conservadora a la cual aprovecha y se opone a la vez el proyecto neoconservador.

El análisis que hace Durkheim de la "anomia", en tanto pérdida social de un sentido de orientación normativa, recoge dos ideas conservadoras. En primer lugar, la necesidad de límites y divisiones que estructuren la vida social. La sobrevivencia de la sociedad exigiría restricciones a la libertad individual. Se abandona el ideal liberal de una progresiva disminución de las coerciones sociales como aún lo vislumbra Herbert Spencer en una visión optimista de la sociedad industrial.

"Considero que, en la forma de sociedad hacia la cual avanzamos, el gobierno será reducido a la menor magnitud posible, y la libertad aumentada a la mayor magnitud

posible; en ella, la disciplina social habrá moldeado a tal punto la naturaleza humana, adecuándola al estado social, que requerirá poca restricción externa, ya que se restringirá sola''^{35/}.

Durkheim, al contrario, lamenta la pérdida de las restricciones religiosas, familiares y morales como causa de la situación de anomia. La crisis moderna sería el resultado de la liberación del individuo de sus vínculos grupales primitivos; sin frenos legales y ataduras morales el individualismo tiende al suicidio.

“No es verdad, entonces, que la actividad humana pueda ser liberada de toda restricción. Nada en el mundo puede gozar de tal privilegio. Toda existencia que forma parte del universo es relativa al resto; en consecuencia, su naturaleza y modo de manifestación dependen no sólo de ella misma sino de otros seres, que por consiguiente los restringen y regulan (..) El privilegio característico del hombre es que el vínculo que acepta no es físico sino moral, o sea, social” ^{34/}.

Durkheim vincula la pérdida de restricciones sociales con el funcionamiento económico del capitalismo. Recoge así una segunda crítica conservadora: la denuncia del deseo egoísta, la ambición anárquica, el individualismo posesivo. “Las relaciones puramente económicas vuelven a los hombres exteriores entre sí”^{37/}. El desencadenamiento de los intereses privados, por ser ilimitados, escapan a todo control, degradando la moralidad pública.

La crítica a las categorías económicas capitalistas ya estaba presente —y mejor— en la obra de Marx. A partir de la situación de “alienación” analiza cómo el capital derrumba todas las barreras a su desarrollo, despojando al hombre de su vida humana. Pero la demolición de los lazos sociales primarios da lugar a nuevas formas de cooperación social. Marx (en oposición a Proudhon) no comparte la rebelión reactiva del artesano contra la fábrica y la máquina. No reivindica la comunidad de antaño sino la construcción de un nuevo orden. Vislumbra un proceso de socialización que tiende a una red universalización del hombre. La presente anarquía capitalista será reemplazada por una comunidad comunista, sin distancias ni límites entre los individuos libremente asociados. En la medida

en que este proyecto revolucionario 1) hace depender el pleno desarrollo de las fuerzas materiales y espirituales de la "base económica" y 2) considera la transformación revolucionaria como un corte único y definitivo, en esa medida la emancipación es despojada de un conjunto de problemáticas. Las preguntas por lo político y lo general, por el orden, la subjetividad o la ética son ignoradas por el movimiento socialista y abandonadas al análisis conservador.

El pensamiento conservador "recupera" los tópicos con una ceguera similar a la que produjo su olvido por parte del movimiento socialista. El nuevo análisis sociológico adquiere un carácter conservador por su moralismo vacío, abstraído de las condiciones materiales de vida. Para resucitar la cohesión grupal en un mundo hostil se proclama una "personalidad moral por encima de las personalidades particulares". Se recurre a la religión como restauración de la comunidad perdida en el mercado. El postulado liberal del "pursuit of happiness" es espiritualizado, la felicidad terrenal es condenada en nombre del ascetismo.

La preocupación de Durkheim por una sociedad integrada, estructurada y ordenada, con estrechos lazos familiares y religiosos, que den al individuo la seguridad de la unión comunitaria, señala la incorporación del autoritarismo teocrático del siglo XIX al pensamiento conservador moderno. Encontramos en Maistre y Bonald una similar obsesión por el orden fuera del cual no habría "verdad para el hombre ni salvación para la sociedad" y el mismo énfasis en una autoridad estable como requisito natural para la supervivencia de la sociedad. A diferencia de los neoconservadores, sin embargo, el autoritarismo tradicional surge de una aversión a la economía mercantil.

"El comercio —dice Bonald— ha llegado a ser la única preocupación de sus gobiernos, la única religión de su pueblo, el único tema de sus disputas. El egoísmo, los deseos facticios e inmoderados, la extrema desigualdad de la riqueza, han atacado, como un cáncer devorador, los principios conservadores de las sociedades"^{38/}.

El conservadorismo clásico busca defender poder y orden *contra* el mercado y no con el mercado. La comunión moral pretende compensar la desunión creada por el materialismo mercantil y racionalismo liberal. Pero esta regeneración religiosa es solamente instrumental; la moralización de las masas debe

hacerlas olvidar sus intereses materiales. La denuncia del materialismo está al servicio de la acumulación forzada. En esta perspectiva, los neoconservadores pueden recuperar la tradición conservadora. En contraste con la "revolución cultural" de los años 60 las políticas de *austeridad* de Reagan o Thatcher exigen sumisión reactivando los valores tradicionales de orden y disciplina, familia y trabajo. Según Ritter

"el supremo destino del hombre no es el de ser feliz, sino el de realizar los mandamientos de Dios o de la razón moral. El hombre sólo es fiel a sí mismo cuando se pone al servicio de la comunidad. (...) Por supuesto, ha de tratarse de una comunidad en la que impere la libertad en lugar de la coacción mecánica y la obediencia ciega. (...) Sólo allí en donde los caracteres fuertes no son oprimidos, sino que constituyen una capa de notables sobre la que se fundamenta todo el edificio del Estado"^{39/}.

El "imperativo categórico" moral encuentra su complemento en el autoritarismo. El ascetismo del deber moral se cristaliza en la vocación de mando del hombre fuerte. Esta exaltación de la virtud guerrera y de la disciplina abnegada tiene indudable arraigo entre los militares latinoamericanos. El ser nacional, los valores patrios, la unidad castrense y demás uniones evocadas por las Fuerzas Armadas remiten a aquella comunidad fuertemente jerarquizada, donde la autoridad indiscutida del jefe es despersonalizada por su sujeción al deber moral^{40/}. La elección *plebiscitaria* de Pinochet simboliza esa fusión de comunidad y autoridad.

4. LA POLITICA COMO ORGANIZACION

Para los conservadores, el orden equivale a una sociedad surcada en todos los niveles por estructuras de autoridad - familia, corporaciones gremiales, asociaciones locales, poderes provinciales - en fin, un rígido sistema de clases sociales, sostenido por vigorosas creencias religiosas que encauzan y disciplinan a hombres apasionados, egoístas y rebeldes^{41/}. La sociedad es ordenada mediante relaciones de diferenciación y subordinación social. ¿Cómo legitimar tal orden jerárquico frente a las reivindicaciones igualitarias de una sociedad secularizada? Un intento de legitimación es interpretar el orden como comunidad moral o nacional.

El tema de la *comunidad* es tomado de Rousseau, pero despolitizándolo. La "voluntad general" que para el movimiento democrático es un postulado político, queda transformada en una "conciencia colectiva" moral o unidad nacional (ambas convergen en Durkheim). La moral y la nación serían tipos de "representación general" que cohesionan la sociedad dividida. Ofrecen normas comunes y lazos solidarios como hechos objetivos, o sea sin invocar una voluntad política.

Recurriendo al principio de comunidad (moral o nacional) los conservadores enfrentan la misma dificultad que encuentra la teoría democrática en el postulado de la soberanía popular. Ambas nociones establecen una identificación directa entre interés particular y representación general. Tal identidad armoniza la tensión entre libertad individual y autoridad social; siendo parte del todo, el individuo que obedece la ley general ejerce una coerción sobre sí mismo. Sin embargo, la identidad invoca una *unidad sin distinciones*. Las masas interpeladas como pueblo o nación constituirían un sujeto único y exclusivo, sin poder ser diferenciadas y disgregadas internamente. A falta de mediaciones no hay modo de absorber conflictos al interior de la comunidad salvo por exclusión.

La interpretación conservadora del orden *qua* comunidad queda pues sujeta a las mismas objeciones que levanta la teoría liberal de la democracia. Si "el pueblo" como identidad de intereses materiales es una ficción entonces hay que buscar procedimientos de *integración formal* de las *masas*. Sin abandonar la invocación de la comunidad como *principio* legitimador se hace hincapié en una *estrategia* integradora: crear un orden de diferenciación social con autoridad. A la integración simbólica se sobrepone una integración funcional: la organización. Weber, Schumpeter y otros reformulan la teoría democrática en un enfoque organizacional. Concibiendo la democracia como método de selección de élites, de hecho, plantean una estrategia de poder. El énfasis estará menos en la voluntad colectiva que en la organización de la dominación.

La organización aparece como un método susceptible de ser aprovechado para los más diversos fines. Se ofrece como un medio instrumental del cual se sirve la voluntad política acorde a sus objetivos. Sin embargo, la organización es mucho más. Su supuesta neutralidad operativa expresa un nuevo tipo de ra-

cionalidad. Como lo dijo su mejor exponente, Max Weber, respecto a la organización burocrática: significaría la única racionalidad factible en una sociedad de masas.

“Toda nuestra vida cotidiana está tejida dentro de ese marco. Pues si la administración burocrática es en general —*ceteris paribus*— la más racional desde el punto de vista técnico-formal, hoy es, además, sencillamente inseparable de las necesidades de la administración de masas (personales o materiales)” 42/.

Organización e igualdad son principios antitéticos. De ahí que la organización sea el antídoto preferido contra la “irrupción de las masas”. A la organización recurre el capital frente a las grandes depresiones económicas (1873-1896 y 1929-33) y a la descolonización del Tercer Mundo. Respecto a nuestras sociedades Huntington, representante de un enfoque organizacional dentro de la “nueva derecha”, afirma:

“En términos de conducta observable la distinción crucial entre una sociedad políticamente desarrollada y una subdesarrollada reside en el número, tamaño y efectividad de su organización. (...) Organización es el camino al poder político pero también es el fundamento de la estabilidad política y, por ende, el supuesto de la libertad política. El vacío de poder y autoridad que existe en tantos países en modernización puede ser llenado temporalmente por un liderazgo carismático o por la fuerza militar. Pero de manera permanente solamente puede ser llenada por la organización política. (...) Aquél controla el futuro quien organiza su política” 43/.

Hace ya veinte años Sheldon Wolin señaló *la progresiva identificación de lo político con la organización*. Los inicios de esta perspectiva datan de Hobbes y su concepción del orden funcionando a la manera de un reloj. La tendencia a someter las relaciones sociales a medidas fijas y, por ende, fiscalizables y de someter el comportamiento humano a reglas técnicas, o sea previsibles, ha tenido efectos diferentes. Permitió fiscalizar al gobierno y controlar a las masas. En todo caso, acercando la actividad política al mundo de la mecánica, se vuelve lugar común una concepción de sociedad en tanto suma total de funciones, es decir, un *sistema*. Socialistas y burgueses, anarquis-

tas y conservadores comparten este enfoque. Ello no deja de tener graves consecuencias para el movimiento democrático. De hecho, "el principio de función, definido en términos de las necesidades de un orden industrial, pasó a ser el nuevo principio de legitimación"^{44/}.

La organización permite gobernar a las masas, legitimándose mediante las funciones que les ha asignado. Organizando a las masas —diferenciando y relacionándolas a la vez— la estructura de poder se transforma en orden. Ya Saint Simon, su gran precursor, visualiza la organización como estructura de control.

"En adelante los hombres harán de modo consciente y con esfuerzo mejor orientado y más útil lo que hasta ahora han hecho de manera inconsciente, lenta, indecisa y con demasiada ineficacia"^{45/}.

Consciente, útil, rápido, decidido y, sobre todo, eficaz esos son los atributos que prestigian hasta hoy día el control organizativo. El problema del poder político es obviado, prometiendo realizar el viejo sueño de dominar las fuerzas de la naturaleza.

"El deseo de mandar a los hombres se ha transformado lentamente en el deseo de hacer y rehacer la naturaleza de acuerdo con nuestra voluntad. Desde este momento, el deseo de dominar, innato en todos los hombres, ha dejado de ser pernicioso, o al menos podemos prever una época en que ya no sea perjudicial, sino que se vuelva útil"^{46/}.

Es en esa misma perspectiva que Marx concibe la revolución social como *control* racional y consciente de las fuerzas ciegas de la producción mercantil capitalista.

"la forma del proceso social de vida, o lo que es lo mismo, del proceso material de producción, sólo se despojará de su halo místico cuando ese proceso sea obra de hombres libremente socializados y puesta bajo su mando consciente y racional"^{47/}.

Marx no identifica el mando consciente y racional con la libertad. El control concierne la organización del "reino de la necesidad"; el pleno desarrollo de la libertad supone que

“los productores asociados regulen racionalmente este su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como un poder ciego”^{48/}.

No obstante su análisis más matizado, también Marx tiende a diluir lo político en lo organizativo. Su teoría de la revolución se apoya en la organización económica del proceso de producción, menospreciando la forma política de la emancipación del trabajo. Al enfatizar la racionalidad *objetiva* de un control consciente de la ley de valor y no problematizar el *control común*, el futuro se presenta como simple “administración de las cosas”.

Descartando la problemática política, la estructura jerárquica de la organización se impone plenamente. La organización del proceso productivo se realiza a través de un control de los productores; el poder sobre las cosas termina acentuando el poder sobre los hombres. No es casual que Karl Mannheim, uno de los primeros sociólogos en tematizar la “masificación” en la sociedad moderna, sea también uno de los primeros en plantear la planificación como control social. Mediante la aplicación de reglas técnicas a las relaciones sociales la dominación es transformada en organigrama y la racionalidad se cristaliza en una élite planificadora.

La organización no es neutral. Independientemente de los objetivos concretos que le sean asignados tiende a fomentar dos procesos. Por un lado, facilita la *despolitización de la sociedad* de manera que los grupos sociales ya no se constituyan en voluntades colectivas y, en cambio, sean articulados según “funciones” eficientes para la sobrevivencia de la organización. Por otro lado, permite la *desocialización de la política* de modo que las decisiones de autoridad ya no conciernen las condiciones materiales de la vida social.

La organización procura una formalización de las prácticas sociales, apoyándose en tres elementos.

(1) *La organización como racionalidad*: el auge de las “ciencias naturales” a partir del siglo XVI revoluciona también el análisis social. Se propone estudiar la sociedad y el comportamiento humano como hechos objetivos y establecer reglas generales empíricamente exactas. La razón científica es invocada contra

las supersticiones que usan trono y altar, pero su posterior teorización positivista permite una recuperación conservadora. Al respecto, es ilustrativa una aserción de Bonald citada por Wolin.

“Si las leyes son las relaciones necesarias derivadas de la naturaleza de las cosas, estas relaciones se establecen necesariamente; entonces el hombre, aunque libre, no puede retrasar su desarrollo”^{49/}.

Tomando las denominadas leyes sociales por hechos objetivos, la violencia en las relaciones sociales es disuelta en la naturaleza de las cosas. La dominación —en tanto no sería sino “la force des choses”— queda sustraída a toda decisión política. La voluntad es sometida a la necesidad y debe plegarse ante las férreas leyes sociales. Desde entonces arrecia el ataque positivista contra la utopía. En nombre de la realidad (factibilidad) se ataca a los liberales por su ideal libertario y a los socialistas por su principio igualitario.

Si los fenómenos sociales son gobernados por “leyes” y si éstas son “necesarias” en el sentido que resistirlas equivale a desequilibrar el proceso social, entonces el descubrimiento de tales leyes conlleva normas prescriptivas a las cuales los hombres han de adaptarse. Aunque la voluntad nada pueda contra la necesidad, sí puede aprovechar la ciencia para prevenir los males sociales. El estadista ha de apoyarse en la ciencia política, dice el chileno Valentin Letelier ^{50/}, para controlar *de jure* la normalidad *de facto*. El control no deja de ser coactivo, pero es una coerción objetivada. Ya no sería un gobierno de hombres sino de principios científicos, tal como lo quería Hume, y, por consiguiente, absolutamente impersonal. La objetividad de la ciencia garantiza un gobierno sin arbitrariedad.

Al decir lo que se puede o no se puede hacer la ciencia conlleva una prescripción acerca de lo que se “debe hacer”. El conocimiento científico de la realidad, el *juicio de factibilidad*, define los objetivos posibles. La racionalidad ya no radica en los objetivos materiales sino en la determinación formal de su posibilidad. Se trata, en la terminología de Weber, de una “racionalidad formal”. El juicio técnico sobre la factibilidad de una proposición —un cálculo de medios y fines— sería un juicio de hechos, o sea libre de valores subjetivos. En la objetividad e impersonalidad del cálculo reside su racionalidad. Una forma de cálculo racional es la organización, esto es, justamente la

aplicación de reglas técnicas al comportamiento humano. De este modo la organización es investida de la racionalidad que antes se confería al individuo.

Cabe destacar esta inversión respecto al liberalismo clásico. Este atribuye la razón al individuo y deduce de la razón individual la autonomía del individuo. El fenómeno de "las masas" hace renunciar al postulado liberal. No solamente para la "psicología de masas" de fines de siglo, las masas serían irracionales y sólo la organización es, según expresión de Mannheim, "el dominio racional de lo irracional". La irracionalidad radica en los hombres y la racionalidad en el control. Como dice Herbert Simon:

"Es imposible que el comportamiento de un individuo solo y aislado alcance ningún grado alto de racionalidad. (...) El individuo racional es y debe ser un individuo organizado e institucionalizado" ^{51/}.

(2) *La organización como método*: el aura de racionalidad que rodea a la organización se apoya en la identificación de la organización con un método. Tal como el método es una forma de organizar la investigación científica así la organización sería una forma de método para las prácticas sociales. El método proporciona al análisis social lo que la organización al control social. La organización, al igual que el método, tiene una lógica interna. Por consiguiente, su desarrollo corresponde a un proceso técnico, al margen de todo juicio valorativo. Tanto el método como la organización tienden a la despersonalización. Se presentan como procesos objetivos que prescinden de las preferencias subjetivas.

Ahora bien, tal definición de objetividad científica es un juicio valorativo. Sin querer abordar tan larga disputa cabe señalar que, de hecho, el interés liberal por sustituir la autoridad personal por una impersonal subyace también al criterio positivista de científicidad. Lo científico es referido únicamente a las relaciones sociales formalizadas, independientemente de la subjetividad. Tanto a la ciencia como a la convención social burguesa solamente interesa la apariencia exterior del individuo, no su naturaleza interior. No obstante su afirmación de principio del individualismo liberal, el punto de vista burgués privilegia la sociedad. Sólo el "hecho social", el "sistema social" es significativo. De ahí —como indica Wolin— es pequeño el paso a considerar bueno lo funcional al sistema y malo lo dis-

funcional. La despersonalización se revela como un juicio valorativo acerca de la "funcionalidad" de la voluntad subjetiva. Como dice un texto de capacitación para la administración pública:

"La idea de que las organizaciones deben ser construidas alrededor de las idiosincrasias individuales y ajustarse a ellas, en lugar de adaptarse los individuos a las exigencias de sanos principios de organización, es tan descabellada como si se intentara proyectar un motor según los caprichos de la tía solterona y no según las leyes de la ciencia mecánica"^{52/}.

(3) *La organización como procedimiento*: el auge del universo organizacional proviene de su ambigüedad. Por un lado, como vimos, se inserta en el intento de "cientificar" la política en el sentido de establecer leyes generales del comportamiento humano. La práctica social es concebida en analogía a la disposición técnica sobre cosas. Y respecto a tal práctica previsible y predecible se constituye una "ciencia política". En esta perspectiva las prácticas sociales no son sino "material" a disposición de una "ingeniería social". Pudiendo inducir un comportamiento calculado y calculable similar a la causalidad mecánica, se puede prescindir de la voluntad y, por ende, de la dimensión moral de la política.

Por otro lado, en cambio, la organización adquiere un carácter liberador en la medida que cuestiona la fuerza "natural" del orden establecido. ¿Qué es la política sino el esfuerzo por delimitar y hacer finito un universo social potencialmente infinito? Aun aceptando la existencia de restricciones objetivas (las "leyes sociales") es posible pensar un campo propio de la voluntad. Sería posible organizar/controlar los cambios sociales. La creciente transparencia del proceso social permite discernir desarrollos alternativos y elegir tareas, o sea construir el futuro. El postulado de la soberanía popular recoge este impulso de emancipación social: la sociedad como sujeto de su propio desarrollo. Los hombres deciden libremente su futuro en la medida en que son capaces de organizar conscientemente su convivencia social.

La organización facilita las dos tendencias implícitas a la "dialéctica del iluminismo". Por una parte, la organización ofrece un procedimiento para formar voluntades colectivas. El procedimiento organizativo compensa o, mejor dicho, esquiva

la no-operacionalidad de la "soberanía popular". Sin abordar la difícil definición del contenido material de la voluntad general, el procedimiento organizativo permite la distinción formal entre mayoría y minoría. La organización es entonces el medio para traducir la invocación del "pueblo" en "mayoría", neutralizando la "ventaja del número pequeño" que favorece la dominación por parte de una minoría consistente. La organización hace posible expresar una voluntad mayoritaria. Lo que no provee —y en eso radica el problema— es la determinación *material* de tal decisión colectiva. De ahí que, por otra parte, la organización sirva de instrumento manipulativo. En lugar de *organizar la decisión política* según la voluntad de la mayoría se puede *organizar una mayoría* en apoyo a determinada decisión. La organización de las masas es transformada en un control sobre las masas.

El behaviourismo de las ciencias sociales norteamericanas tiene esa concepción de las masas como material moldeable y manipulable. Pero también la teoría leninista del partido (en tanto organización de las masas por una vanguardia consciente) define "desde fuera" los objetivos de la acción organizada. En ambos casos, sólo cuenta la eficacia de la acción en lograr determinado resultado, no la determinación colectiva de la meta de tal acción.

La atracción de la organización reside en el supuesto que la obediencia a determinado procedimiento prescrito conduce inevitablemente al efecto deseado. El cálculo medio-fin (si X, entonces Y) permite prevenir o potenciar determinado resultado mediante el control de sus causas. El problema político ya no es el contenido material de la voluntad colectiva sino la eficiencia de la acción organizada respecto a una meta fijada de antemano. Suponiendo que el poder de disposición sobre el proceso social depende de su calculabilidad, se pretende incrementar su eficacia despersonalizando y desobjetivando la actividad política (desproblematizando la voluntad colectiva) a fin de obtener una mayor regularidad y uniformidad de las prácticas sociales. La eficacia política es evaluada en términos de la autonomía, coherencia y rapidez de los procedimientos organizativos. De este modo, lo político ya no es la *decisión sobre los objetivos sociales* sino el *control de los medios organizativos*.

5. RACIONALIDAD FORMAL Y RACIONALIDAD MATERIAL

Este largo y pedante *racconto* me pareció conveniente (excusable) a fin de destacar la innovación del proyecto del movimiento democrático. El ataque neoconservador se dirige justamente contra la progresiva organización burocrática de la vida social. En ruptura con la tendencia predominante desde los años veinte y treinta ya no se pretende estructurar/disciplinar la denominada "sociedad-masa" mediante la organización. Pero —y aquí radica la continuidad— tampoco se trata de "politizar" las masas en el sentido de impulsar la constitución de sujetos mediante una democratización. El objetivo es desmantelar las organizaciones para retornar al mercado en tanto "orden espontáneo".

Friedrich von Hayek, el "spiritus rector" del pensamiento neoconservador (al menos en su fundamentación filosófica), plantea una lucha entre dos principios irreconciliables: el mercado y la organización. Hayek visualiza al igual que su colega Ritter una "enemistad mortal" que no conoce camino intermedio.

"La última batalla en contra del poder arbitrario está ante nosotros. Es la lucha contra el socialismo; la lucha para abolir todo poder coercitivo que trate de dirigir los esfuerzos individuales y distribuir deliberadamente sus resultados"^{53/}.

"Socialismo" es, según Hayek, toda aquella *ilusión de que podemos crear deliberadamente el futuro de la humanidad* ^{54/}. En este sentido, también el capitalismo organizado del Welfare State es "socialista". Marx y Keynes son dos caras históricas de un mismo error: el constructivismo. Los hombres (el estado) no deben interferir el equilibrio que creó la evolución humana a través del mercado y la división del trabajo.

El combate contra la organización no busca revitalizar la actividad política. El propósito es, al contrario, el *derrocamiento de la política*. Hayek lanza este llamado subversivo porque

"la política ha pasado a ser demasiado importante, demasiado costosa y nociva, absorbiendo demasiada energía mental y recursos materiales"^{55/}.

Este explícito retorno al liberalismo clásico reivindica el enfoque constitucionalista de los siglos XVII y XVIII, es decir, el intento de limitar el gobierno mediante reglas generales. Para aclarar la dirección de tal enfoque recordemos la puntualización del constitucionalista Royer-Collard en el siglo XIX:

“La diferencia entre la soberanía del pueblo y la soberanía constituida en gobiernos libres consiste en esto: que en la primera sólo hay personas y voluntades; en la segunda, en cambio, hay sólo derechos e intereses, desapareciendo las individualidades; todo es elevado de lo particular a lo general” 56/.

El rechazo a “personas y voluntades” reivindica una autoridad no sujeta a la voluntad colectiva, o sea no sometida a la participación política y demandas sociales de las masas.

“Podemos impedir al gobierno servir a los intereses especiales sólo privándolo del poder de usar la coerción para hacerlo, lo que significa que podemos limitar los poderes de los intereses organizados sólo limitando los poderes del gobierno” 57/.

Limitar las atribuciones gubernamentales y, en particular, del Parlamento —la “democracia limitada”— es solamente el medio para desorganizar a los grupos sociales. *Impedir que éstos se constituyan en sujetos* de su propio desarrollo, cuestionando el orden capitalista, es el objetivo final.

Para explicitar este nuevo intento de “derrocamiento de la política” confrontemos la proposición neoconservadora con quien más lúcidamente estudió el avance de la organización en relación con la democratización de masas: Max Weber. Como expresión teórica de la sociedad capitalista avanzada son más significativos Popper o Luhmann; para analizar el proyecto neoconservador, en cambio, prefiero recurrir a la distinción weberiana de *racionalidad formal* y *racionalidad material*.

Weber denomina “racional en su forma” toda acción sujeta a un cálculo de medio-fin (a diferencia de la racionalidad material orientada por postulados de valor). La racionalidad formal se expresa principalmente en el mercado y en la burocracia.

cia. La burocratización, según Weber, "en todas las partes es la sombra inseparable de la creciente democracia de masas" ^{58/}. La nivelación igualitaria fomenta la burocratización en tanto representaría la única forma de administración racional, es decir, capaz de asegurar el abastecimiento vital (la reproducción material) de las masas. "La necesidad de una administración más permanente, rigurosa, intensiva y calculable, tal como la creó el capitalismo (...) determina el carácter fatal de la burocracia como médula de *toda* administración de masas" ^{59/}.

La democratización está acompañada, en efecto, de dos procesos de organización burocrática, vinculados entre sí. Por un lado, la "cuestión social" exige una desmovilización del ámbito fabril, desplazando el conflicto a la esfera político-estatal. Tiene lugar la integración política de las masas a través de su organización burocrática: los partidos políticos. Pero no es sólo una organización "integrativa". La misma organización de las masas exige también una creciente ampliación de los servicios públicos: el Estado asistencial o de Bienestar. Por intermedio de la organización estatal la organización popular gana influencia sobre la organización económica. La participación política de las masas modifica sustancialmente sus condiciones materiales de vida *en la medida* en que logra desplazar la responsabilidad individual, característica del mercado, por una responsabilidad social.

El mercado, dice Weber, es absolutamente indiferente a toda suerte de postulados materiales. La racionalidad formal y material discrepan en principio en toda circunstancia, "pues la racionalidad formal del cálculo en dinero no dice en sí nada sobre la naturaleza de la distribución de los bienes naturales" (...). Sólo en conexión con la forma de distribución de los ingresos puede decirnos algo de racionalidad formal sobre el modo del abastecimiento material" ^{60/}. De ahí la presión popular sobre la burocracia estatal y la tensión entre las reivindicaciones materiales de las masas y la racionalidad formal de la burocracia.

"En particular deja insatisfechas a las masas desposeídas la 'igualdad jurídica' formal y la justicia y el gobierno 'calculables', tal como lo exigen los intereses 'burgueses'. Para tales masas, el derecho y el gobierno tienen que estar al servicio de la nivelación de las probabilidades de vida económicas y sociales enfrente de los poseedores,

y solamente pueden desempeñar esta función cuando asumen un carácter no formal, es decir, un carácter sustancialmente 'ético' '61/.

La sobrevivencia física de las masas depende de la economía y ésta, según Weber ^{62/} requiere una organización burocrática. La burocracia es neutral en el sentido de que trabaja para quien se apodera de ella, esto es, de los puestos de mando. Ella es poderosa, pero (por su característica objetividad e impersonalidad) no lucha por el poder. El problema es: ¿quién manda al aparato burocrático? Una mayor democratización puede entorpecer la racionalidad formal de la organización burocrática. Sería el caso de aquellas sociedades donde el "señor" del aparato estatal es un "demagogo", o sea un político cuyo éxito depende de la voluntad de las masas. Weber reconoce en su época la tensión entre justicia material y derecho formal. Pero: "el futuro es de la burocratización" ^{63/}. Es constatando el progreso incontenible de la burocratización y la racionalidad instrumental que Max Weber retoma la preocupación liberal: "¿Cómo es posible en presencia de la prepotencia de esa tendencia hacia la burocratización salvar todavía algún resto de libertad de movimiento 'individual', en algún sentido?" ^{64/}.

Weber advierte las ventajas del mercado. "Superior a la competencia de la burocracia lo es sólo la competencia de los miembros de una empresa *privada* en el terreno de la 'economía'. Esto es debido a que el conocimiento exacto de los hechos de su esfera tiene para ellos una importancia vital directamente económica" ^{65/}. Al sufrir directamente las consecuencias de un error de cálculo la empresa capitalista se vuelve más eficiente. Pero Weber no parece identificar (como Hayek) la eficiencia de la racionalidad formal con la libertad. Vincula el ideal liberal más bien a la responsabilidad. A diferencia del funcionario administrativo, tanto el empresario privado como el político se hacen responsables de sus actos. La preocupación de Weber, empero, concierne mucho más al político en tanto éste cristaliza la tensión entre racionalidad formal y material. Sólo el político puede acotar y controlar el proceso de burocratización. En este sentido Weber acepta la democratización activa de las masas como mecanismo de selección de ese liderazgo político.

Sobre este trasfondo destaca mejor la innovación del proyecto neoconservador. Weber "apuesta" a una "última instancia" política: un liderazgo que conquiste/controla a las masas y

dirija la organización burocrática de la reproducción material. El proyecto neoconservador, en cambio, niega tanto la democratización como la burocratización en tanto tendencias inevitables y sitúa la “última instancia” ya no en la voluntad política sino en el mercado. Afirmando la imposibilidad de organizar/planificar el proceso económico (incluso bajo modalidades capitalistas como la monopolización) se propugna un retorno a la utopía liberal de la auto-regulación del mercado (y, por ende, de la sociedad).

Veamos brevemente el contexto en que ocurre el “renacimiento de las teorías conservadoras de crisis” (Offe). La utopía liberal aflora nuevamente a raíz de los problemas que levantan los intentos de regular y compensar las fallas del mercado. El desarrollo del capitalismo está acompañado desde el siglo XIX de una creciente organización nacional—estatal de la estructura productiva (proteccionismo, legislación social). Este proceso entra hoy en crisis con la internacionalización del capital. La organización burocrática del orden nacional —el remedio en las grandes depresiones económicas anteriores— aparece ahora, ella misma, como la enfermedad. Las dificultades por compatibilizar las exigencias del orden político (pleno empleo, seguridad social, redistribución de ingresos) con los requisitos del capital privado (alta tasa de acumulación y productividad, libre disposición sobre inversiones, baja tributación) son visualizadas como responsabilidad del estado. Dado el peso que ha ido adquiriendo la intervención estatal en la economía los problemas actuales pueden ser imputados más a una crisis del estado que a una crisis del capitalismo. A tal percepción contribuye una izquierda que, por un lado, adopta las políticas Keynesianas y, por otro lado, no reflexiona esa disposición política; es decir, una izquierda sin política económica y sin teoría política. Como bien destaca Muller-Plantenberg, ^{66/} es sobre este trasfondo histórico que el anti-estatismo neoconservador puede incluso ganar elecciones. Si la crisis actual es política y no económica, entonces es plausible la consigna de “limitar el gobierno” y “derrocar la política”. Restablecer el orden ya no significa organizar la sociedad sino, al contrario, desorganizarla. Vale decir: desarticular los intereses organizados que distorsionan la auto-regulación espontánea del mercado (nacional y mundial).

Donde, como en el Cono Sur, la expectativa popular de desarrollo sigue centrada en la actividad gubernamental, el proyecto neoconservador supone un *golpe* previo. El golpe militar estalla en determinada constelación política interna y sigue inicialmente una dinámica militar propia. La posibilidad de que posteriormente el régimen militar pueda ser moldeado por un proyecto neoconservador radica en una similar percepción del fracaso del estado como instancia integradora. Se constata una crisis del estado en tanto permeabilidad de la organización burocrática a los intereses sectoriales (postulados materiales). El conflicto sobre las metas materiales de la sociedad subjetiviza/politiza al aparato estatal. Esta falta de "impersonalidad" y "objetividad" de la autoridad es muy temida por los capitalistas, sobre todo en las sociedades (latinoamericanas) donde la escisión entre los sectores de exportación, de mercado interno y de autosustento dificulta articular una solidaridad de clase. En tales condiciones de "heterogeneidad estructural" es más necesaria y, a la vez, más precaria la mediación política⁶⁷. Especialmente precaria es la democracia en tanto elabora decisiones colectivas de contenido material aun contra intereses económicos individuales. Las estrategias democráticas de negociación y competencia no aseguran que los intereses del capital en general prevalezcan finalmente (no sólo respecto a intereses antagónicos sino incluso sobre los intereses particulares de cada capitalista individual). En otras palabras: a la distorsión de la racionalidad formal (generada por un mercado segmentado) se agrega un conflicto de racionalidades materiales (desarrollado en y por las instituciones democráticas).

Más dramática se percibe la situación como "crisis del estado" (incapacidad de cohesionar las relaciones capitalistas de producción) y más puro resurge el ideario liberal de una autorregulación social por medio del mercado. Si el estado no es capaz de organizar un desarrollo capitalista, crece la opción neoconservadora: desorganizar la regulación política e incrementar el automatismo económico. La separación de estado y sociedad, de política y economía promete al capital la posibilidad de neutralizar la racionalidad material (domesticando el conflicto político) y fortalecer la racionalidad formal (homogenizando el mercado nacional e internacional).

No es la única opción, pero es tentadora para el capital. En efecto, el capitalismo es reacto a toda racionalidad material por las dificultades de legitimación que le presenta. Prefiere limitar "lo racional" a una racionalidad formal, específicamente al

cálculo formal en dinero. Este es, indudablemente, indispensable en toda economía mercantil para equiparar trabajo global y necesidades sociales. La racionalidad formal es indispensable, pero no incompatible con un ordenamiento socialista, o sea con una determinación colectiva de las condiciones materiales dentro de las cuales funciona el cálculo formal. Por consiguiente, no basta fortalecer la racionalidad formal. Ha de ser la única y exclusiva racionalidad válida. De ahí, que la ofensiva neoconservadora sea tan violentamente antipolítica. El capital sólo puede emprender una reestructuración de la sociedad capitalista, particularmente en el Cono Sur, si logra una protección de "exterritorialidad" política para su proceso de acumulación transnacional. En esa necesidad generalizada del capital por agilizar los flujos transnacionales, desvinculándolos de las exigencias políticas nacionales, veo una de las principales razones del auge global del proyecto neoconservador.

La fundamentación histórico-filosófica que ofrece el pensamiento neoconservador a la suspensión (transitoria) y restricción (definitiva) de la democracia es muy atractiva para el capital en países de débil economía nacional como Chile. Vigoriza su inserción transnacional 1) al liberar la "movilidad de los factores" de trabajo y capital de las trabas políticas y 2) al fomentar la articulación de las fracciones capitalistas en torno a un "interés general". No abordaré las estrategias al respecto ni los problemas y las alternativas que de ellas se derivan. Regresemos más bien a la fundamentación que ofrece Hayek para exponer su argumentación.

Hayek concentra progresivamente su reflexión en la crítica a la "democracia de negociación" en tanto construye decisiones colectivas (compromisos negociados) sobre la reproducción material de la sociedad. En lugar de someter las condiciones materiales de vida a la voluntad humana se busca "liberar" el proceso económico de toda interferencia política. La acumulación y distribución de la riqueza social habría de seguir un curso natural y espontáneo —el mercado— sin consideración de alguna racionalidad material. Al rechazar "la monstruosa idea que todos los beneficios materiales debieran estar determinados por los poseedores del poder político" ^{68/}, o sea por los ciudadanos, Hayek niega la responsabilidad social. To-

da búsqueda (conflictiva) por determinar colectivamente las condiciones de vida social es vista como arbitrariedad y coerción.

“Tomar en cuenta las desigualdades de hecho que existen entre los individuos y hacerlas excusa para alguna coerción discriminadora, es ya una violación a los términos básicos en los que se someten los hombres libres al gobierno” 69/.

Los postulados de valores materiales como igualdad y justicia son condenados como discriminación, vale decir, como intervención en el libre juego del mercado. Siendo la libertad individual el único principio moral, sólo el mercado asegura reglas de conducta justa. Desde el punto de vista de la racionalidad formal,

“la creación de mito de la ‘justicia social’ es sin duda principalmente el resultado de esta maquinaria democrática particular, que hace necesario para los representantes inventar una justificación moral para los beneficios que otorgan a intereses particulares” 70/.

Para los neoconservadores, la justicia no se refiere a los objetivos materiales de una acción sino exclusivamente a la obediencia a las reglas establecidas. Ignorando la compleja noción de justicia (reducida al de legalidad o “due process”) Hayek toma el salario por un resultado “lógico” y la explotación por una relación “natural”.

“La utilidad social relativa de las diferentes actividades de cualquier persona (..) no es desafortunadamente un asunto de justicia sino el resultado de eventos que no pueden ser previstos o controlados” 71/.

El individualismo neoconservador implica “la completa eliminación del poder de la determinación de los ingresos relativos percibidos en el mercado” 72/, es decir, la consolidación de las desigualdades sociales. Para evitar/frenar una transformación de la sociedad de acuerdo a los valores materiales compartidos por la mayoría, los neoconservadores propugnan una drástica restricción de la democracia. La democracia quedaría limitada al empleo de la “regla de mayoría” para establecer

ciertas leyes generales (formales) y para cambiar pacíficamente de gobierno. La denominada "democracia limitada" no sería sino un procedimiento.

"Estrictamente hablando se refiere a un método o procedimiento para determinar las decisiones gubernativas y no se refiere a algún bien o propósito substancial de gobierno (tal como un tipo de igualdad material) 73/.

Para eliminar el carácter igualitario de la democracia Hayek la interpreta como un valor sólo negativo, cuya finalidad es evitar daños. Se trata de impedir que los gobernantes malos o incompetentes causen demasiado perjuicio. Esta interpretación conservadora de la democracia "está ahora siendo destruida por los esfuerzos de darle un contenido 'positivo'". 74/. El ataque a las "leyes positivas" apunta a la posible transformación de las relaciones sociales existentes. En continuidad con la anterior tradición conservadora se propone derrotar toda tendencia igualitaria.

"En la medida en que sea legítimo que el gobierno use la fuerza para efectuar una redistribución de los beneficios materiales —y esto es la esencia del socialismo— no puede haber contención a los instintos rapaces de todos los grupos que quieren más para ellos" 75/.

Para hacer "imposible todas las medidas socialistas de redistribución" los neoconservadores luchan por 1) dismantelar los servicios públicos de manera a dejar en el vacío a las demandas sociales y 2) desmontar la democracia de manera que no se puedan constituir sujetos que puedan modificar el orden capitalista. En otras palabras: hay que destruir el "estatismo" para que las masas no puedan escapar a la disciplina del mercado. Hay que "descentralizar" el poder político a fin de que el poder individual —la propiedad privada— no sea neutralizada por la organización de los desposeídos.

Este proyecto orienta la estrategia del gobierno chileno. No solamente privatiza las empresas económicas en manos del estado. También traspasa los servicios públicos a la "iniciativa privada": la previsión social, los sistemas de salud, educación y vivienda social han de autofinanciarse y/o son entregados a capitales privados. "El gasto fiscal debe concentrarse crecientemente en las áreas que son propias del Estado como, por

ejemplo, los subsidios a la extrema pobreza, los servicios de justicia y los de defensa" (editorial *El Mercurio* del 28-2-81). "Privatizar" significa que el principio de la responsabilidad colectiva es reemplazado por el principio de la rentabilidad privada. El "derecho a la vida" queda sometido a la "ley de la demanda y la oferta". La intervención estatal se limita a un asistencialismo *in extremis*: surgió y aumentó un solo servicio público en los últimos años: el Programa de Empleo Mínimo. La desarticulación de la organización sindical es el motor de la política de descentralización. Más que el traspaso de hospitales y colegios a las municipalidades es la disolución de los colegios profesionales, la fragmentación de las universidades y la división del sindicalismo lo que caracteriza la *descentralización*, o sea: una descomposición de los sujetos.

¿Qué significado tiene entonces el llamado a un *gobierno fuerte*? La exaltación de la "mano dura" no es contraria a la concepción neoconservadora del gobierno como poder negativo. Un gobierno fuerte es el que impone y hace respetar las leyes del mercado. Es fuerte el gobierno que resiste a las demandas populares, que no se deja doblegar por los intereses organizados. El *autoritarismo político no es contrario al liberalismo económico*. El autoritarismo del General Pinochet es funcional a la "economía de mercado" tipo Chicago en tanto poder que niega las reivindicaciones por una redistribución colectiva de la riqueza social. Tal "gobierno fuerte" no-interventor tiene además la ventaja de aparentar una neutralidad social "por encima de las clases". Aunque la no-intervención fomente una drástica concentración y centralización del capital, su "costo social" no aparece como responsabilidad del estado. La legitimidad de la autoridad no se encuentra comprometida por las condiciones de vida de la mayoría de la población.

La pérdida de autoridad que lamentaba Max Weber era la ausencia de dirección política sobre la organización burocrática (o sea la insuficiente mediación de racionalidad material y racionalidad formal). La pérdida de autoridad que intentan superar hoy los neoconservadores es la pérdida de control sobre las demandas sociales (vale decir, la restricción de la racionalidad formal por postulados materiales).

En resumen: Weber no contrapone burocracia y mercado como dos principios irreconciliables como lo hace Hayek. Tanto la organización burocrática como el mercado se orientan por el mismo principio de la racionalidad formal. Existe, en cambio, una tensión entre racionalidad formal y racionalidad mate-

rial. Asumirla es, según Weber, la responsabilidad del político. Hayek y la "economía política" neoconservadora pretenden evitar el desgarramiento de la actividad política, sometiendo el proceso social al principio exclusivo de la racionalidad formal. Las leyes del mercado evitarían tener que decidir entre intereses materiales contrapuestos.

Lo que cabe mostrar —en la obra del mismo Weber— es que el mercado no se gobierna por un cálculo formal unívoco. El funcionamiento de las leyes del mercado implica determinadas condiciones materiales. La presunta objetividad impersonal del mercado es pues ideología o —en términos neoconservadores— una utopía. No es factible una vida social sin decisiones equívocas (conflictivas) sobre postulados materiales, o sea, sin actividad política.

6. POLITICA, FACTIBILIDAD Y UTOPIA

Existe un supuesto común: no hay vida social sin reproducción material de la sociedad. Nuestra discrepancia concierne la capacidad del mercado de asegurar la sobrevivencia física de *todos* los hombres.

"Es muy simple —dice Hayek en una entrevista reciente a *El Mercurio* (12-4-81)— las condiciones políticas de un país sólo serán satisfechas si el sistema económico le permite a la gente sobrevivir. Sin contar, por supuesto, con el gran problema del cada vez mayor crecimiento de la población. Muy bien, la gente debe sobrevivir. Y yo estoy convencido que sólo en el mercado libre, siguiendo el orden del mercado competitivo, se puede mantener a toda esa gente viva".

Hayek acepta el "derecho a la vida" como norma moral fundamental. Pero no la problematiza como decisión política sobre determinado modo de producción. La moral aparece como regla intrínseca al sistema económico capitalista. La autoridad moral que los liberales asignaban a la razón, que el miedo a las masas hizo reformular como racionalidad organizativa, es ahora imputado a la racionalidad formal del mercado. Cito otra entrevista:

“Yo he llegado a la conclusión de que en el proceso de evolución se ha logrado seleccionar aquellas normas morales que nos permiten mantener a la mayor cantidad de personas vivas (..) Estoy convencido de que no elegimos nuestra moralidad, pero que la tradición respecto a la propiedad y el contrato que hemos heredado son una condición necesaria para la existencia de la población actual”.
(*El Mercurio*, 19-4-81).

Las normas morales son identificadas con las leyes del mercado. Ahora bien, hablando en Chile, Hayek sabe que el mercado no asegura la sobrevivencia física de todos. El “derecho a la vida” ha de ser pues reformulado como “cálculo de vidas”.

“Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reducen a la mantención de vidas; no a la mantención de todas las vidas porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas. Por lo tanto las únicas reglas morales son las que llevan al ‘cálculo de vidas’: la propiedad y el contrato”.

El individualismo neoconservador se desvanece ante la vida del individuo concreto. Sólo el mercado (nacional y mundial) decide finalmente quiénes y cómo sobreviven. Sobreviven “los mejores” y el mercado define “lo mejor”. Se trata de una visión naturalista donde la economía aparece como un sistema preconstituido (natural) dotado de un sentido intrínseco y necesario. No habría entonces elección político-moral de las formas de producción material de la vida social sino sólo una aplicación inevitable de un principio prefijado: el cálculo formal.

“Decir que el derecho de propiedad depende de un juicio de valor equivale a decir que la preservación de la vida es una cuestión de juicio de valor. Desde el momento en que aceptamos la necesidad de mantener vivos a todos cuantos existen en el presente no tenemos elección”.

Aunque Hayek alude a la distinción weberiana de juicios de hecho y juicios de valor, en realidad la escamotea, presentando una decisión política como una constatación empírica. Conviene aquí volver una vez más a Max Weber.

“Una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué *debe* hacer sino únicamente qué *puede* hacer y, en ciertas circunstancias, qué *quiere*”.^{76/}

El propósito de tal distinción es evitar que la voluntad política —el poder— se encubra tras un imperativo moral o una necesidad científica. Sin embargo, como muestra Franz Hinkelammert^{77/}, el juicio de hechos (qué se puede o no se puede hacer) implica un juicio valorativo acerca de lo que se debe hacer. La afirmación científica de que algo *no es factible* conlleva la conclusión política de que *no se debe hacer*. Es ésta la argumentación neoconservadora.

El análisis neoconservador afirma que el socialismo (en sentido lato) no es factible. Vale decir, lo denuncia como una *utopía que al querer ser realizada conduce al caos*. La libertad personal, al contrario, sí *puede* ser realizada en el mercado y, por tanto, *debe* organizarse la sociedad de acuerdo a este principio.

La soberanía popular y la voluntad general serían utopías, dicen los neoconservadores, porque la desigualdad entre los individuos es un hecho. No siendo los individuos iguales no tendrían intereses materiales comunes. Y tampoco habría modo de traducir las diferentes preferencias particulares en una decisión colectiva. Por consiguiente, no sería posible determinar positivamente los objetivos de la sociedad. Milton Friedman habla de una “mano invisible” en la política que opera en dirección opuesta a la del mercado.

“Individuos que intentan promover solamente el interés general son guiados por la mano política invisible a promover un interés particular que ellos no tenían intención de promover”^{78/}.

Aunque Hayek admite que un 90% de la población de las democracias occidentales es hoy socialista en tanto cree en algún tipo de “justicia social” a ser alcanzada a través del uso del poder gubernamental ^{79/}, combate la justicia social por ser una utopía. No habiendo un criterio absoluto de justicia, toda satisfacción de un interés lesiona otro interés. En conclusión, toda ley positiva (atingente a intereses materiales) es arbitraria y, por ende, coercitiva.

El intento de realizar la utopía igualitaria de que todos participen en la determinación de las condiciones materiales de vi-

da provoca el caos: el socialismo estatizante. La existencia de intereses organizados que (formando mayoría parlamentaria) exigen una redistribución de los beneficios materiales conlleva un estatismo cuyo objetivo sería la "repartición de fondos arrebatados a una minoría" ^{80/}. Al limitar la iniciativa privada, el estatismo estará destruyendo "el único principio moral que ha hecho posible el desarrollo de una civilización avanzada".

El ataque al estatismo apunta, en el fondo, a toda actividad política. Se *impugna la existencia misma de la política en tanto poder de disposición sobre las condiciones sociales*. Reaparece la clásica posición antipolítica del liberalismo, pero ahora bajo disfraz tecnocrático. La pugna de voluntades colectivas es reprimida en nombre de un juicio técnico unívoco: la racionalidad formal. Solamente el cálculo formal permite definir lo que se *puede hacer*. Y de ese juicio de factibilidad se deduce lo que se *debe hacer*. La falacia del pensamiento neoconservador consiste en tomar la racionalidad formal (el cálculo de factibilidad) por un juicio valorativamente neutral. Vale decir, en contraponer el mercado como "imperativo técnico" a la democracia como decisión equívoca sobre valores.

La racionalidad formal del mercado sería un juicio de hechos, referido exclusivamente a la asignación óptima de los recursos, independientemente de la decisión valorativa sobre los objetivos de la acción. Las "leyes del mercado" son tomadas por reglas objetivas que no consideran ningún postulado de valores materiales. De hecho, sin embargo, el mismo Weber acepta que el *cálculo formal*, particularmente el cálculo de dinero o de capital, está unido a *condiciones materiales*.

En efecto, las leyes "impersonales" del mercado suponen que 1) "los precios en dinero son producto de lucha y compromiso; por tanto, resultados de constelación de poder"; 2) "el cálculo riguroso de capital está, además, vinculado socialmente a la disciplina de explotación y a la apropiación de los medios de producción materiales, o sea a la existencia de una relación de dominación" y 3) "que sólo en conexión con la forma de distribución de los ingresos puede decirnos algo la racionalidad formal sobre el modo del abastecimiento material" ^{81/}. Hay pues, según Weber, valores implícitos al funcionamiento "objetivo" del mercado; la lucha de intereses, las relaciones capitalistas de producción, la distribución de los bienes según el poder adquisitivo de cada cual. *Bajo estas condiciones materiales* el cálculo formal es indiferente a los postulados de los diferentes grupos sociales.

La libertad del mercado es únicamente una libertad de competencia, que asegura la libertad individual sólo en términos jurídicos (contrato). La racionalidad formal “no dice en sí nada sobre la distribución de los bienes naturales”^{82/}, o sea no concierne las condiciones materiales de vida de cada individuo. El mercado niega la subjetividad; la famosa *libertad personal* no es más que la *iniciativa privada*. Como bien dice Max Weber:

“La comunidad de mercado, en cuanto tal, es la relación práctica de vida más impersonal en la que los hombres pueden entrar. No porque el mercado suponga una lucha entre partícipes. (...) sino porque es específicamente objetivo, orientado exclusivamente por el interés en los bienes de cambio. Cuando el mercado se abandona a su propia legalidad, no repara más que en la cosa, no en la persona, no conoce ninguna obligación de fraternidad ni de piedad, ninguna de las relaciones humanas originarias postuladas por las comunidades de carácter personal”^{83/}.

Invocando esta impersonalidad (despersonalización) los neoconservadores pueden negar los postulados de igualdad material en tanto subjetivos y —por tanto— coercitivos y, a la vez, *afirmar en nombre de la ciencia los valores cuyo cumplimiento es condición necesaria para que funcione el mercado*. En nombre de un principio universalista, la racionalidad formal, se reprime la lucha por una universalidad real: la vida de todos.

No obstante su antiutopismo declarado, el proyecto neoconservador propone una utopía. Su noción de libertad supone que todas las relaciones sociales se rigen únicamente por una racionalidad formal. “Sólo si (el individuo) dispone de una esfera por él conocida, dentro de la cual él puede elegir, puede actuar en forma moral; sólo si es él quien decide cómo debe actuar”^{84/}. Hayek supone justamente el “constructivismo” que denuncia en otros; supone competencia perfecta, transparencia total, movilidad global. Sólo en este caso es responsabilidad exclusiva (libertad) del individuo decidir las condiciones materiales de su vida. Si la sociedad es totalmente transparente (si

el cálculo formal es la Ley) se vuelve obsoleta cualquier elección/decisión. La política desaparece con la formalización total de todas las relaciones sociales: el totalitarismo de la racionalidad formal.

A partir de ese horizonte utópico el proyecto neoconservador redefine la situación presente como una *transición*. Aún es necesaria la política; pero reinterpretada en función de la utopía. ¿Cómo desarrollar una concepción positiva de la política en función de su extinción final? El pensamiento neoconservador enfrenta la misma dificultad que el pensamiento marxista. Tiene una concepción solamente instrumental: *la política como normalización del mercado*. “Normalizar” significa defender la iniciativa privada contra las decisiones colectivas. Con lo cual se privatiza la misma política: la construcción de identidades colectivas (ciudadanía) es sustituida por la protección de las preferencias individuales (la “libertad de elegir” de Friedman). “Hacer política” sería la adaptación individual al movimiento del mercado. La *voluntad colectiva* es reemplazada por la *opinión pública*: el derecho de cada individuo a disponer de igual información de modo de poder calcular sus preferencias individuales. Ya no se trata de *decidir colectivamente* sobre los objetivos sociales sino de *adaptar individualmente* las preferencias al mercado.

El mercado dispone sobre el individuo. Para que el mercado funcione como tal autoridad impersonal es indispensable que los valores intrínsecos sean aceptados como condiciones *técnicamente necesarias*. Se trata pues de restringir la zona de las decisiones políticas (*quienes* y sobre *qué* cuestiones cabe *decidir*) y de permitir el despliegue del automatismo del mercado^{85/}. De ahí, la reinterpretación fundamentalmente negativa de la política.

A diferencia de los antiguos conservadores, los nuevos no buscan movilizar un apoyo popular para determinados valores materiales. Pretenden, al contrario, neutralizar toda confrontación político-ideológica a fin de “funcionalizar” todas las relaciones sociales en un “sistema” —el mercado— desvinculado de cualquier disputa sobre el sentido de la convivencia social. El proyecto neoconservador construye su hegemonía a base de dispositivos fácticos y conquista una “dirección moral e intelectual” justamente en la medida en que cesa la lucha política. Siendo ésta sobre todo una lucha por hacer, deshacer y rehacer sujetos, la política es denigrada como “demagogia” y criminalizada como “subversión”. La desorganización de los partidos,

de las movilizaciones masivas y de los debates públicos no son pues "medidas de emergencia" sino elementos constitutivos del proyecto neoconservador.

Entendiendo por democracia la disposición sobre las condiciones materiales de vida y, por ende, sobre el mercado, los neoconservadores son anti-democráticos. Las leyes del mercado sólo aparecen como "leyes naturales" o "imperativos técnicos" cuando se elimina la pretensión democrática de determinar colectivamente las necesidades sociales. La preocupación por *¿quién gobierna?* no apunta solamente a un procedimiento para cambiar pacíficamente de gobierno. Conciérne el mando deliberado de los hombres sobre la producción material de la vida. En esta tradición, *democracia significa la constitución de la sociedad en sujetos que deciden su destino*. "Deshacernos de la ilusión de que podemos crear deliberadamente el futuro de la humanidad" (Hayek) es deshacernos de la democracia.

NOTAS

- 1/ Gerhard Ritter: El problema ético del poder, Revista de Occidente, Madrid 1972. Ver especialmente el capítulo 4 "Esencia y transformaciones de la idea de libertad en el pensamiento político de la Edad Moderna", publicado originalmente en 1947. Como antiguo profesor de la Universidad de Freiburg, Ritter comparte la filosofía neoliberal de la "Escuela de Freiburg" a la que también pertenece Hayek. Las citas son de pp. 124 y 136.
- 2/ Friedrich Hayek: El ideal democrático y la contención del poder, en *Libertad y Leviatán*, Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, diciembre 1980; p. 46 y 73. La perspectiva general se encuentra ya en su obra de 1944 *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial 1976.
- 3/ Arturo Fontaine Aldunate: Más allá del Leviatán, en *Libertad y Leviatán*, op.cit.
- 4/ *Ibid.* p. 123 sg.
- 5/ *Ibid.* p. 124
- 6/ *Ibid.* p. 124
- 7/ *Ibid.* p. 135
- 8/ *Ibid.* p. 136
- 9/ *Ibid.* p. 127
- 10/ *Ibid.* p. 123
- 11/ *Ibid.* p. 134
- 12/ *Ibid.* p. 138
- 13/ Cfr. Samuel Huntington en Crozier/Huntington/Watanuki: *The Crisis of Democracy*, New York University Press 1975, y Claus Offe: *Unregierbarkeit, en Habermas (ed): Stichworte zur geistigen Situation der Zeit*, Suhrkamp 1979.
- 14/ Arturo Fontaine, *op. cit.*, p. 139.
- 15/ *Ibid.* p. 141
- 16/ *Ibid.* p. 138
- 17/ *Ibid.* p. 145
- 18/ *Ibid.* p. 126
- 19/ *Ibid.* p. 127
- 20/ *The Observer* del 31/8/1980
- 21/ Arturo Fontaine, *op. cit.*, p. 136.
- 22/ Dos aclaraciones: 1) Uso de la noción *neoconservador* en su sentido lato tal como aparece en la actual discusión. Para un análisis de las diversas corrientes de la "nueva derecha" ver, por ejemplo, Chantal Mouffe: *Democracy and the new right*, en *Politics and Power* N°. 4, 1981.

- 2) Para cristalizar mejor la lógica interna del planteo neoconservador no abordaré ni los problemas económicos que dan lugar a las propuestas neoconservadoras ni aquellos que éstas levantan. Respecto al "modelo económico" neoconservador pueden consultarse los trabajos recientes del Sergio Bitar (ed.): Chile - liberalismo económico y dictadura política, Instituto de Estudios Peruanos, Lima 1980 y Aníbal Pinto: El modelo ortodoxo y el desarrollo nacional, en *Mensaje* 297, Santiago marzo-abril 1981, así como la revista *Estudios Ciepplan* N°. 1 - 4.
- 23/ Marx-Engels: Manifiesto del Partido Comunista, Ed. Grijalbo, México 1970, p. 26.
- 24/ Gerhard Ritter, *op. cit.*, p. 126.
- 25/ *Ibid.* p. 136
- 26/ *Ibid.* p. 123
- 27/ *Ibid.* p. 138
- 28/ *Ibid.* p. 138
- 29/ *Ibid.* p. 143
- 30/ *Ibid.* p. 141 sg.
- 31/ Dejo constancia de mi gran deuda con Sheldon Wolin: Política y perspectiva, Amorrortu, Buenos Aires 1973.
- 32/ Richard Sennett: El declive del hombre público, Ed. Península, Barcelona 1978.
- 33/ La literatura moderna sobre el hombre-masa y la sociedad-masa data de Ortega y Gasset (La rebelión de las masas, 1929) y Karl Mannheim (Hombre y sociedad, 1935). El pensamiento neoconservador continúa una reflexión madurada en las obras de Riesman (The Lonely Crowd, 1950), Nisbet (The Quest for Community, 1953), Kornhauser (The politics of Mass Society, 1959), Bell (The End of Ideology, 1961) y Shils (The Theory of Mass Society, 1962) para nombrar sólo algunos "clásicos". Para una revisión crítica ver Salvador Giner: Sociedad masa, Ed. Península, Barcelona 1979.
- 34/ La obra clave sigue siendo Max Weber: Economía y sociedad. Fondo de Cultura Económica, México 1964 (2ª. Ed.)
- 35/ Citado por Wolin, p. 375
- 36/ Citado por Wolin, p. 429 sg.
- 37/ Citado por Wolin, p. 436
- 38/ Citado por Wolin, p. 434
- 39/ Ritter, *op. cit.*, p. 130 sg.
- 40/ En la amalgama de viejo y nuevo conservadurismo hay que tener en cuenta la influencia de la Iglesia Católica bajo Juan Pablo II.
- 41/ Cfr. Wolin p. 428
- 42/ Weber, *op. cit.*, p. 178
- 43/ Samuel Huntington: Political Order in Changing Societies, New Haven 1968, p. 31 y 461.
- 44/ Weber, *op. cit.*
- 45/ Citado por Wolin, *op. cit.*, p. 404.
- 46/ Durkheim citado por Wolin, *op. cit.*, p. 406.
- 47/ Marx: El Capital, Fondo de Cultura Económica, tomo I, p. 44.
- 48/ Marx, El Capital, tomo III, p. 759.
- 49/ Wolin, *op. cit.*, p. 385
- 50/ Valentín Letelier (1852-1919): De la ciencia política en Chile y de la necesidad de su enseñanza, Santiago, 1886.
- 51/ Citado por Wolin, p. 408 sg.
- 52/ Gullick & Urwick: Ensayos sobre la ciencia de la administración, ESA-PAC, Costa Rica.
- 53/ Hayek, *op. cit.*, p. 74
- 54/ *Ibid.* p. 75 (subrayado mío, N.L.)
- 55/ *Ibid.* p. 72.
- 56/ Citado por Wolin, p. 421.
- 57/ Hayek, *op. cit.*, p. 42

- 58/ Weber, *op. cit.*, p. 180
- 59/ *Ibid* p. 178 sg.
- 60/ *Ibid* p. 83
- 61/ *Ibid* p. 735 sg.
- 62/ *Ibid* p. 741
- 63/ *Ibid* p. 1072
- 64/ *Ibid* p. 1075
- 65/ *Ibid* p. 746.
- 66/ Urs Muller-Plantenberg: El posible significado histórico-político de la tercera gran depresión. Ponencia al seminario "La crisis económica mundial y su impacto en América Latina" CENDES, Caracas, Abril 1981.
- 67/ Respecto a la democracia como negociación política sobre intereses materiales ver Adam Przeworski: Compromiso de clases y estado, en Lechner (ed): Estado y política en América Latina, Siglo XXI, México 1981.
- 68/ Hayek, *op. cit.*, p. 38
- 69/ *Ibid* p. 64
- 70/ *Ibid* p. 34
- 71/ *Ibid* p. 63
- 72/ *Ibid* p. 63
- 73/ *Ibid* p. 27 sg.
- 74/ *Ibid* p. 53
- 75/ *Ibid* p. 72
- 76/ Max Weber: Ensayos sobre Metodología Sociológica. Amorrortu Ed. p. 44.
- 77/ Franz Hinkelammert: La metodología de Max Weber y la derivación de estructuras de valores en nombre de la ciencia, en Hoyos, G. (ed): Epistemología y política, CINEP, Bogotá 1980.
- 78/ Milton y Rose Friedman: La corriente se revierte, en *Libertad y Leviatán*, 1980, p. 171.
- 79/ Hayek, *op. cit.*, p. 57
- 80/ *Ibid* p. 33
- 81/ Weber, *op. cit.*, p. 82 sg.
- 82/ *Ibid* p. 83
- 83/ *Ibid* p. 494
- 84/ Entrevista a Hayek en *El Mercurio* del 19 de abril 1981.
- 85/ La obra clásica para este enfoque es Buchanan y Tullock: *The Calculus of Consent. Logical Foundations of Constitutional Democracy*, Ann Arbor 1962 (hay trad. esp.)